



KONVERGENCIAS Filosofía y Culturas en Diálogo
ISSN 1669-9092
Año V, N° 16 Tercer Cuatrimestre 2007

**LA RUTINIZACION DE LA INDIFERENCIA ETICA
Y EL APLANAMIENTO DE LOS VALORES
EN LA ARGENTINA ACTUAL**

*El círculo vicioso en la ética material en la Argentina del
siglo XXI y sus peligrosas consecuencias*

Joaquín E. Meabe (Argentina)

La moralidad práctica o, mejor aun, el estándar ético material, en la Argentina contemporánea (si es que se nos permite hablar en esos términos) se asemeja a un barco a la deriva cuyo destino interesa menos que el derrotero circunstancial que permite, en todo caso, evitar las tormentas que provocan el naufragio social. Puede también decirse que en la Argentina actual, en conjunto y como agregado social interactivo o sociedad global, lo que se insinúa o lo que cualquier observador más o menos atento percibe, en orden a la moralidad práctica, es una generalizada desorientación como ocurre cuando se ha perdido el objetivo. ¹ No se trata, por cierto,

¹ Acerca de perder el objetivo es extraordinariamente instructivo lo que dice Lon L. Fuller en *The morality of Law* (New Haven and London, Yale University Press, revised edition, 1969), pags. 3 donde dice a propósito de la frase *Die Sünde ist ein Versinken in das Nichts* (**El pecado** [*Sünde* también significa la culpa, la falta, el delito, la deuda, la ofensa, la iniquidad] **es un modo de sumergirse** [*Versinken* también significa irse al fondo, hundirse sumergirse, caer] **en la nada**): *This quotation may be purely imaginary. I think I recall it from something I read long ago. Friends learned in theology have been unable to identify its source. They inform me that its thought is Agustinian and there is a closely parallel passage in Kart Berth: Die Sünde ist ein Versinken in das Bodenlose. However, das bodenlose implies a loss of limits or boundaries and therefore suggests a transgressions of duty. What I have sought is an expression of the concept of sin as viewed by a morality of aspiration – sin as a failure in the effort to achieve a realization of the human quality itself* [Esta cita me parece puramente imaginaria. Yo creo que la recuerdo en algo que yo leí hace mucho tiempo. Amigos entrenados en teología no han podido identificar su procedencia. Algunos me informan que su pensamiento es Augustiniano y se encuentra un

de una desorientación completa o absoluta o una total carencia de objetivos. Mas bien lo que se percibe es una relativización que desconecta a los individuos de cualquier programa común, dando lugar a una suerte de desplazamiento de la moralidad práctica hacia lo particular, ocasional y contingente.²

Algunos seguramente no van a aceptar semejante labilidad en la caracterización de sus comportamientos; aunque, de momento, tampoco parece que el conjunto de esas determinaciones - de las que tampoco tenemos la suficiente evidencia de sus extensiones e impactos posibles³ -, alcancen realmente a modificar el cuadro general

pasaje similar en Kart Barth: *Die Sünde ist ein Versinken in das Bodenlose* <el pecado es un modo de hundirse en un abismo sin fondo>. Sin embargo *das bodenlose* <lo sin fondo> implica una pérdida de límites o de fronteras e insinúa así una trasgresión del deber. Lo que yo he buscado es una modalidad del concepto de pecado que se coloca en el punto de vista de la moral de la aspiración: el pecado como un fracaso del esfuerzo humano por alcanzar una realización de lo inherente a la cualidad humana]. Cuando Fuller se refiere a *the human quality itself* quiere significar lo específicamente inherente a lo humano. Este sentido se debe tener presente al leer el texto original que el autor relaciona con la disposición orientada a colocar la hombre bajo el gobierno de reglas obligatorias destinadas a asegurar y, también, a mejorar la convivencia y los tratos sociales.

² Acerca de esto hemos anticipado algunos detalles y hemos señalado diversas modalidades de estas prácticas en nuestro artículo *Degradación política del presente Argentino*, publicado en Internet en el portal www.ciudadpolitica.com el 23 de marzo de 2007. El lector mexicano José Vilanueva ha hecho el 31 de marzo de 2007 acerca de este trabajo un interesante comentario en el mismo portal al que también remitimos. Para acceder a través de Google se pone en la barra: **Joaquín E. Meabe. CIUDAD POLITICA - Portal de ciencia política.**

³ Directamente no existen investigaciones empíricas en este terreno en nuestro país. Los trabajos de ética aplicada en la Argentina, por otra parte, exhiben un sesgo de abstracción (informes sobre comités de éticas para investigaciones clínicas, discusiones acerca de la eutanasia o la violencia sobre los animales, controversias acerca de la Carta de la Tierra y el desarrollo sustentable y otras generalidades más triviales) y secundariedad (temáticas de ambientalismo, asuntos relativos a la bioética y sus métodos, problemas de la reproducción asistida, derecho de los enfermos a acceder a sus historias clínicas) tan marcados por la irrelevancia que cualquier observador medianamente conciente de las tremendas tensiones morales de nueva vida social concreta (desidia ante los hospitales en colapso y en completa insuficiencia como el Hospital de Clínicas dependiente de la UBA, indiferencia frente a la gente y, sobre todo, a los niños que duermen en la calles y plazas de modo permanente en las grandes ciudades y en especial en Buenos Aires, intransigencias y desasosiegos ante los continuos cortes de rutas y calles que provocan intensos conflictos horizontales, acentuada

de relativización en el que se inscriben los tratos sociales vinculados con la moralidad práctica en la Argentina actual.

Se sigue entonces, de todo esto, que, haya o no objetivos que sirvan para orientar nuestra moralidad práctica, su reconocimiento o su atención parecen estar fuera de agenda.

En consecuencia, respecto a la moralidad práctica la controversia misma, acerca de si se ha perdido o no el objetivo, ya no importaría (o no importaría demasiado, lo que es prácticamente lo mismo), porque las urgencias se impondrían y la prisa no dejaría margen para detenerse a considerar pautas de comportamiento que se apoyen en estándares, programas o fórmulas estrictas o en eventuales exigencias absolutas derivadas de decálogos religiosos como los diez mandamientos o de plataformas seculares como las declaraciones de derechos del hombre y del ciudadano. De este modo las rutinas de las prácticas de oportunidad se transmiten a las acciones y su repetición regulariza las pautas de adaptación a los estados o posiciones establecidas, frente a las cuales, por otra parte, se considera inoportuno el juicio estricto o absoluto sobre lo apropiado o inapropiado del comportamiento, fuera de las circunstancias que se invocan como motivos particulares, impuestos por la necesidad, la conveniencia o la conformidad que genera el mismo sujeto y que no va más allá de sí mismo.

Esta notable rutinización de lo particular y ocasional en el comportamiento moral se interioriza como valor positivo produciendo al mismo tiempo un decidido aplanamiento general de todas las escalas de valores y una generalizada indiferencia ética para todo lo que excede al marco de oportunidades circunstanciales que afectan al propio sujeto antes que a sus creencias o a sus adscripciones.

La regularidad de lo relativo, al uniformarse como pauta interiorizada, torna irregular o revocable cualquier estándar; y la subsecuente reproducción continuada forma un

neutralidad frente a la impunidad casi completa en materia de enjuiciamiento de delitos, desdeñ generalizado frente al uso de la droga en todos los bolsones de miseria de la mayoría de las grandes ciudades del país, desigual preocupación ante la inseguridad ostensible y la violencia patológica) seguramente se deberá preguntar si todos aquellos ejercicios, ordinariamente librescos, no son más que parte de un juego o meros informes hechos de cara a las evaluaciones de antecedentes destinados a sostener o justificar la carrera académica de sus autores.

curioso hábito, orientado a revocar y disolver cualquier patrón de moralidad práctica asociado a las creencias institucionalizadas, sea cual fuere la extensión o el reconocimiento que esas mismas creencias presentan en el imaginario social. El fenómeno tiende a desenvolverse con una completa independencia de los sujetos que detentan la potestad para establecer la canónica de las creencias relegando su autoridad a una función puramente declarativa en un marco de irreverencia generalizada.

Seguramente a este tremendo fenómeno de la vida social argentina, que en parte no es nuevo y que, al parecer ha venido edificándose con persistencia a lo largo del siglo XX, nadie lo ha caracterizado mejor que Enrique Santos Discépolo en su famoso tango *Cambalache*.⁴ El autor no niega que *el mundo fue y será una porquería*, pero es en este siglo XX donde advierte que

*Vivimos revolcaos
en un merengue
Y en el mismo lodo
Todos manoseaos
Hoy resulta que es lo mismo
Ser derecho que traidor!...
Ignorante, sabio o chorro,
Generoso o estafador
¡Todo es igual!
¡Nada es mejor!
¡Lo mismo un burro
que un gran profesor!
No hay aplazaos
Ni escalafón,
Los inmorales
Nos han igualao.
Si uno vive en la impostura
Y otro roba en su ambición
¡da lo mismo que si es cura*

⁴ Seguimos aquí la versión publicada en el *Cancionero de Enrique Santos Discépolo*, Buenos Aires, Torres Agüero editor, 1977, pags. 48-50.

*colchonero, rey de bastos,
caradura o polizón!*

Cualquiera puede alegar que esto es universal, pero hay más de un dato que indica que este es *nuestro siglo veinte* como lo son

Carnera y San Martín

Y lo que sigue es ya peculiar e idiosincrásicamente argentino porque solo entre nosotros puede decirse que:

*Igual que en la vidriera irrespetuosa
de los cambalaches
se ha mezclao la vida,
y herida por un sable sin remaches
ves llorar la Biblia
contra un calefón*

El horizonte de aplanamiento ético concluye con una intensidad en los últimos versos que marcan la impronta de la indiferencia moral donde:

*El que no llora no mama
Y el que no mama es un gill!*

El dictamen consumado es así una directiva estrictamente referida a la moralidad práctica, tal como esta se presenta con un incuestionable aplanamiento que autor describe con una cruel y dolorosa ironía cuando finalmente dice:

*!Dale nomás!
¡Dale que va!
¡Que allá en el horno
nos vamo a encontrar!
¡No pienses más,
sentate a un lao,
que a nadie importa
si naciste honrao!*

*Es lo mismo el que labura
noche y día como un buey,
que el que vive de los otros,
que el que mata, que el que cura
o esta fuera de la ley...*

La cabal comprensión de este enmarañado y notable proceso de adaptación y redireccionamiento social de la moralidad práctica requiere, para una correcta apreciación de los hechos, un acotado dispositivo teórico que las disciplinas que se ocupan de la ética como discurso filosófico no han desarrollado ⁵ y que, sin embargo, se ha mostrado muy fecundo en ámbitos colindantes como el de las ciencias sociales y la teoría política, en particular durante los primeros dos tercios del siglo XX y antes de que el formalismo, el empirismo abstracto y las simplificaciones en torno a los nuevos conflictos de un orden internacional unipolar desplazara el debate hacia cuestiones tan ambiguas e inconsistentes como el sofístico problema del fin de la historia y la superficial fraseología del choque de civilizaciones.

⁵ Un buen ejemplo de esta falta de tratamiento puede comprobarse en el, por otra parte, muy informado e inteligente volumen *Cuestiones morales* de la Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía (Madrid, ed. Totta-CSIC, 1996), edita por O. Guariglia que reúne a especialistas de abultado currículum. El tema de los estándares y de las escalas de valores morales no ha merecido un tratamiento especial, en ninguna de las cuatro secciones de esta obra destinada al público culto de habla hispana, y ni siquiera figura como asunto o cuestión específica en las distintas contribuciones allí reunidas. La desatención llega a tal punto que el editor considera a los estándares evaluativos de un grupo o de una determinada orientación como una mera expresión de la diversidad de la moral positiva (vid.: op. cit., pags. 11-12). No deja, además, de sorprender el eventual anacronismo que el mismo autor insinúa acerca de esas cuestiones al señalar que *ese análisis del tipo de acción social orientada por valores fue desarrollada por los sociólogos funcionalistas de la escuela de Parsons medio siglo atrás* (op. cit, pag. 12, nota al pie). Lo menos que cabe decir de esto es que semejantes elucubraciones, al igual que el resto de los ejercicios que componen la agenda de esta obra, parecen discurrir dentro de una burbuja intelectual segregada del mundo real y hasta un manual con más de 60 años como la *Ética* de Eduardo García Maynes (México, ed. Porrúa, ¹²1990 [1940]) parece más próximo a ese mismo mundo real por su variedad temática que no omite ni siquiera la controversia en torno al derecho del más fuerte.

De aquella fecunda etapa, de intensa controversia en el plano de la filosofía social, precisamente procede la noción de *rutinización*, que Max Weber aplica al examen del carisma y que a nosotros se nos ofrece como un excelente instrumento conceptual ⁶ de cara al enfoque teórico indispensable para un completo acotamiento de los hechos que torne inteligible su función y, al mismo tiempo, sirva para su necesario pronóstico crítico.

Ahora bien, para algunos, como por ejemplo W. Mommsen, los ideales normativos de la ética que aquí estamos considerando en relación con el rango de los valores en la ética material así como en los estándares de la moral interactiva y su eventual aplanamiento concreto en el caso de la Argentina actual, solo alcanzarían, en el pensamiento de Weber, una posición vinculante a causa de las determinaciones personales, lo que dejaría sujeto el dispositivo moral a las nudas creencias de los individuos en un contexto vacío por la inexistencia de jerarquías, estándares o escalas.⁷

Sin embargo, la simplificación que implica este punto de vista, directamente pasa por alto el programa weberiano, marcado por una estricta objetividad científica tal como se expone, no sin prevención, en su famoso y detallado artículo *Die "Objektivität" sozialwissenschaftlicher und sozialpolitischer Erkenntnis* ⁸ al tiempo que, también, desatiende lo el gran sociólogo sostiene y acota en su complementario artículo acerca *Der Sinn der "Werfreiheit" der soziologischen und ökonomischen Wissenschaften*, en el que se demarca el alcance con el que cabe tratar a los valores de cara a esos mismos estándares.⁹

⁶ Para Weber la rutinización es una adaptación a lo cotidiano que disuelve en la inercia de las prácticas lo peculiar o idiosincrásico de la impronta del carisma. Vid: *Wirtschaft und Gesellschaft*, edición de Johannes Winckelmann, Tübingen, J.C. B. Mohr [Paul Siebeck], 1982, Part. I, cap. III, § 5. Trad. cast.: *Economía y Sociedad*, México, ed. FCE, 1974, págs. 197-204.

⁷ Cf.: W. Mommsen: *La sociologie politique de Max Weber et sa philosophie de l'histoire universelle* en **Revue Internationale des sciences Sociales**, vol. XVII, n° 1, París, 1965, págs. 24-48. Ver también notas 10 y 11.

⁸ Ver: Max Weber: *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tübingen, J.C.B. Mohr [Paul Siebeck], 1973, págs. 146-214.

⁹ *Ib.*, *Gesammelte...*, págs. 489-540.

Desde ya, sea cual fuere la interpretación sociológica, lo cierto es que la clave de cualquier implicancia social, en orden a la ética y a sus posibles estandarizaciones, se localiza en la diferencia entre comprobación empírica y valoración práctica, de lo que, para Weber, solo se sigue, en sentido estricto, una imposibilidad de fundamentación científica de las opciones valorativas pero no la inexistencia de jerarquías valorativas o estándares como insinúa Mommsen y como también ha sostenido con anterioridad en otro contexto, Leo Strauss ¹⁰, al que, por otra parte, ya había criticado de modo muy preciso y con definitivo acierto Arnold Brecht a fines de los años cincuenta del pasado siglo.¹¹

Advertimos entonces que, de un lado, para Weber, la ciencia orientará su vocación a la más estricta objetividad, lo que solo impide pronunciarse científicamente acerca de rangos o estándares, mientras que la ética, que en parte se atribuirá esa pretensión de manera estricta y ostensible, resultará consecuentemente desglosada en una ética de la responsabilidad, característica del político, y otra ética de la convicción, propia del que se sujeta a las exigencias morales absolutas de una determina escala de valores como, por ejemplo, los diez mandamientos de la Biblia.

¹⁰ Vid: Leo Strauss: *Natural Right and history*, Chicago [Illinois], The University of Chicago Press, 1952, pag. 66. Allí sostiene Strauss: *Weber assumed as a matter of course that there is no hierarchy of values: all values are of the same rank.*

¹¹ Vid.: Arnold Brecht: *Teoría Política*, Trad. cast. de Juan Manuel Mauri, Buenos Aires-Barcelona, ediciones Depalma-Ariel, 1959, De la precedente afirmación de Strauss mencionada en la nota 10 dice Brecht al respecto que *en realidad, Weber no ha profesado nunca esa doctrina, ni tampoco habría podido hacerlo, pues, en primer lugar, él no estaba convencido de que pudiera probarse científicamente la inexistencia de una jerarquía de valores, lo que supone también la demostración de la inexistencia de Dios; y, en segundo lugar, porque precisamente el **punctum saltans** de toda su obra es la tesis de que los valores son desiguales, en la medida en que difieren su origen, sus implicaciones, sus consecuencias y su sentido ideal. Weber no trataba los valores como iguales; trataba su validez como igualmente indemostrable, dejando aparte la cuestión de las consecuencias demostrables* (op. cit, pag. 273). Es también muy instructiva la crítica de Brecht a Eric Voegelin que ha sostenido una opinión similar a la de Strauss acerca de los valores y los rangos de estos en el pensamiento de Weber.

No obstante Weber deja en claro su distancia de toda simplificación cuando dice ¹² que *es infinitamente conmovedora la actitud de un hombre **maduro** (de pocos o de muchos años, que eso no importa), que siente realmente y con toda su alma esta responsabilidad por las consecuencias y actúa conforme a una ética de la responsabilidad, y que al llegar a un cierto momento dice “no puedo hacer otra cosa, aquí me detengo”. Esto sí es algo auténticamente humano y esto sí cala hondo. Esta situación **puede**, en efecto presentársenos en cualquier momento a **cualquiera** de nosotros que no esté muerto interiormente. Desde este punto de vista la ética de la responsabilidad y la ética de la convicción no son términos absolutamente opuestos, sino elementos complementarios que han de concurrir a formar al hombre auténtico, al hombre que **puede** tener “vocación política”.*

La complejidad de la trama social y las peculiaridades con las que cabe abordar el estudio de los estándares o programas impone, además de las prevenciones señaladas por el propio Weber, un atento desglose entre aquellos asuntos cruciales y las modalidades meramente accesorias que carecen de suficiente impacto en el imaginario institucional al que se remite la convivencia interactiva concreta.

Justamente aquellos aspectos cruciales son los que, por lo general un observador no perspicaz o un extranjero que está de paso o en viaje de turismo no ve o no toma en cuenta, porque es lo que queda fuera de sus expectativas y, también, lo que va más allá de los eventos interactivos puntuales y aún mucho más lejos de las noticias que lo registran y que, de ordinario, sesgan la información en línea con lo que mas impacta o lo que, eventualmente, pueda llamar la atención del público.

La relativización, sin duda, colorea éticamente todo el imaginario social concreto; pero, también, produce un cierto efecto de atmósfera que lleva a tomar sus extensiones o ejecuciones materiales como resultados casi naturales de las propias conductas generando en los hábitos ocasionales sus propios antiestándares.

En consecuencia, al quedar aplanadas las escalas de valores ya no hay ningún *desideratum* ético socialmente posible porque nada está por encima, pues todo tiene el mismo rango; y, lo que es peor aún, ningún valor ético tiene ya rango superior o

¹² Ver: Max Weber: *La política como vocación*, incluido en: *El político y el científico*, trad. cast. de Francisco Rubio Llorente, Madrid, ed. Alianza, 1975, pag. 176.

relevante respecto de los demás valores morales o de sus negaciones y la función crucial de la estimativa queda huérfana de toda posibilidad confrontativa al carecer de escalas éticas de referencia que podrían ser, al menos, parcialmente vinculantes en el imaginario interactivo.

Ya no se trata de un reemplazo de escalas de valores sujetas a principios absolutos (como los diez mandamientos o la declaración universal de los derechos del hombre y del ciudadano) por otras escalas que solo inordinan, en el orden de rango, valores de oportunidad, conveniencia o supremacía material.

Directamente el aplanamiento suprime los rangos y homologa una nivelación ética en los tratos interactivos, desinteresándose de cualquier posibilidad de confrontación estimativa que, por otra parte, solo puede ejecutarse de cara a las escalas de valores institucionales por la sociedad, generalmente implícitas como todo el dispositivo de creencias, aunque completamente reconocibles en el perfil de la identidad colectiva que proporcionan las adscripciones confesionales o lo que se consigna como programa en la propia carta de navegación de la sociedad representada por su Constitución.

La rutinización resulta entonces, en este caso, algo así como una moneda de dos caras. En una de esas caras se registra la indiferencia ética y en la otra el aplanamiento de las escalas.¹³

¹³ La heurística de estos fenómenos en los que se involucra la moralidad social y que, por cierto, constituyen estándares de ética material, impone una muy amplia tarea previa que es un verdadero tema pendiente por el desinterés de la mayoría de los estudiosos e investigadores que se dedican a estos asuntos en el terreno de la filosofía o en el más específico de la ética aplicada. Los periódicos son, sin embargo, una fuente importante para los últimos cincuenta años y lo mismo cabe decir de los repertorios de jurisprudencia. He examinado algunas cuestiones de detalle relacionadas con las fuentes en mi libro *Violencia y victimización*, Corrientes, ed. Eudene, 2005. No obstante solo cabe señalar que no existe estudios de detalle que se ocupen del problema heurístico en relación con lo que aquí estamos examinando. Hay, por cierto, una abundante literatura acerca de la corrupción que, por lo general, no va más allá del tratamiento anecdótico al que se agrega una desigual impronta testimonial que no hace más que confirmar el desplazamiento del caso hacia lo particular y circunstancial. Una visión más intensa y crítica a veces se encuentra en el portal POL-CIENCIA que ha difundido las denuncias del Dr. Eduardo R. Saguier sobre corrupción en de los organismos que administran la investigación científica en la Argentina. En un plano de más simple divulgación hay una

El resultado es concomitante a las interacciones y a las perspectivas asumidas de modo que los actores individuales solo se detienen o perciben valores puntuales en un escenario plano y unidimensional, escenario al que se accede por preferencias o en el que solo algunos participan y nada más que en la medida de sus propias opciones. Incluso los disvalores se tornan ambiguos al punto que lo que para unos es circunstancialmente malo para otros es circunstancialmente bueno y viceversa, lo que confirma como resultado el punto de partida de la indiferencia moral.

Conviene, sin embargo, no confundir esta indiferencia moral que, en sentido estricto, es una neutralización deliberada de toda estimación o juicio moral concreto orientado a desobligar al sujeto de cualquier deber eventual medible por medio de una escala ética de valores de referencia, con la anomia que, como tal, es una modalidad particular de la tendencia, en el comportamiento social interactivo, a incumplir reglas y que ha sido objeto de un extenso estudio por parte de C. S. Nino hace más de una década.¹⁴

Esa tendencia a la ajuridicidad, que es en realidad un efecto y no una causa, se percibe, sobre todo para Nino, en la informalidad económica, la evasión impositiva, la decidida corporativización de la economía, la ingente corrupción, la despreocupación por el medio ambiente, la venta sin control de medicamentos en las farmacias, la ausencia de controles continuos de calidad y eficiencia en la elaboración de una amplia gama de productos industriales, la desjerarquización académica, el caos en el tránsito vehicular y las actitudes de relativización de los propios comportamiento frente a la ley o a sus resultados.¹⁵

La diversidad de todos estos comportamientos no puede uniformarse con arreglo a sus resultados y, por cierto, el apartamiento o la desobediencia a las reglas no es solo un

extensa literatura de sesgo periodístico que aquí no vamos a examinar. Sin embargo vale la pena citar entre los trabajos de este tipo al libro de Gustavo Mura titulado *Pecado Capital* (Bs. As., ed. Sudamericana, 1997) que se ocupa de la mafia que opera el tráfico de niños en nuestro país por la demarcación de rango de su título que todavía remite el juicio moral a una escala de valores. En los años posteriores a 1997 ya no se van a registrar tales remisiones en ese tipo de literatura progresivamente inclinada a lo anecdótico y ocasional.

¹⁴ Ver: C. S. Nino: *Un país al margen de la ley*, Buenos aires, ed. Emece, 1992.

¹⁵ *Ib.*, op. cit., pags. 89-135.

hábito inercial ni cabe medirlo así o como un mero hecho social desconectado de la moralidad práctica y sus estándares.

No obstante el detallado análisis casuístico de Nino, más allá de su inconsistencia teórica, constituye un importante y serio esfuerzo orientado al abordaje de los problemas cruciales de la vida social argentina y se inscribe en una sostenida tradición que ha dado obras como *El hombre mediocre* de José Ingenieros, *Radiografía de la Pampa* y *La Cabeza de Goliat* de Ezequiel Martínez Estrada y *Los Profetas del odio* de Arturo Jauretche, entre otros. Y, desde ya, el sesgo ensayístico de toda esa literatura no debería menospreciarse en cualquier examen de nuestro asunto y, menos aun, cuando se estudia el itinerario histórico de los patrones de comportamiento ético en la vida social argentina.¹⁶

Ahora bien, en ese escenario aplanado los rigoristas y los pudorosos por lo general se van a apartar, con prudencia, de las zonas donde las opciones éticas dejan poco o ningún espacio para su vergüenza o su integridad.

No obstante, también estos sujetos homologan, con esas modalidades de comportamiento autorestrictivo, la rutinización descrita más arriba, de manera que su puntual apartamiento se transforma en otra confirmación de la indiferencia ética, y esto ocurre no a pesar de la afirmación subjetiva de su moralidad sino, precisa y paradójicamente, por el ejercicio estricto que ellos hacen de esa opción.

¹⁶ Un excelente ejemplo del instructivo y fecundo uso de este tipo de materiales para una historia sociocultural y una reconstrucción de los substratos éticos concretos dentro de un área específica lo ofrece Alicia Poderti en su notable estudio titulado *La Narrativa del Noroeste Argentino. Historia socio-cultural* (Salta, Ed. Milor-Consejo de Investigación de la Universidad Nacional de Salta, 2000). Para el resto de la Argentina es asimismo altamente instructiva en orden a nuestro tema la *Genealogía de la Tragedia Argentina* de Eduardo Saguier en cinco densos volúmenes y publicada recientemente online, en la Web, en el sitio: www.er-saguier.org. Acerca de este monumental trabajo ha anotado Alejandra Cebrelli que *la estructura del trabajo –si bien ordenada cronológicamente- intenta reproducir esa multiplicidad y heterogeneidad del devenir en el cual las percepciones del tiempo y del espacio son también diversas, heteróclitas y –en la mayoría de los casos- responden a ritmos cuyo origen se hunde en la memoria de los diversos grupos y clases aquí representados* (Comunicación personal de Cebrelli del 18 de septiembre de 2007).

Quizá el rigorista o el pudoroso no podrían actuar de otro modo en el caso concreto o, tal vez, no estaría dispuesto a compartir y, menos aun, convivir con disposiciones éticas antagónicas, pues no le resultaría posible mantenerse en silencio ante un comportamiento inapropiado o una acción inmoral.

Sin embargo, al apartarse colacionan su conciencia social en la conciencia individual desobligándose éticamente del conjunto y remitiendo el deber moral como el enfermo que acude regularmente a los analgésicos para remitir, atenuar o aliviar su dolor.

De ese modo algunos espacios, como el espacio en el que se interactúa en relación a la puja política por el control de los aparatos gubernamentales, al tiempo que expulsan la población inasimilable que, desde ya, no está dispuesta a realizar conductas inapropiadas, también perfeccionan su homogeneidad ética inapropiada (o perversa o corrupta) al compartir el mismo patrón de conducta estimada o aprobada que se homologa en el trato de oportunidad, transacción y ventaja contingente.

A veces esto se hace con extremo cinismo como hemos visto en la década de los noventa en la Argentina cuando los funcionarios del gobierno de turno se jactaban de acumular procesos penales en su contra como el deportista que se destaca por acumular medallas en las grandes competencias atléticas.

Otros espacios sociales resultan menos homogéneos de cara a este aplanamiento de la valoración ética pero no por eso dejan de presentar claro signos de indiferencia moral y de degradación que el conjunto de los partícipes homologa como condición necesaria de integración al dispositivo de tratos ocasionales. Es lo que se percibe en el espacio social de la educación y la cultura en el que los individuos conviven en situaciones de extrema tensión ética por la inevitable circulación y el continuo trato interactivo sobre todo en las universidades o en el Conicet por la circunstancia de coincidir en una actividad docente o por la dependencia de evaluaciones en las que intervienen, en desigual distribución y presencia, los que ajustan su comportamiento a la conducta apropiada y los que actúan con indiferencia ética o con ostensible falta de decoro o incluso con acentuada maldad moral.

El registro de los espacios sociales es complejo porque se trata de ámbitos de interacción que a veces se superponen con la misma amplitud con la que se registran las variaciones en los roles y estatus de los individuos.

Esta misma complejidad hace difícil el uso de conceptos como el de clase social o el de ideología para formular juicios éticos concretos y para hacer un examen concreto que tome los hechos morales como realidades puntuales mensurables, cuya estimativa cabe ordenar necesariamente por rangos.

Sobran ejemplos de individuos que participan de espacios políticos, deportivos y económicos o que convergen en espacios religiosos, culturales o mediáticos y en cada caso se impone una desagregación muy puntual para que el juicio ético tenga relativa pertinencia y algún valor como juicio crítico.

Todo esto ni siquiera forma parte de la agenda de la reflexión ética y filosófica en nuestro país y eso se percibe claramente en las divagaciones de profesores y escritores que parlotean con un nivel de irrealidad que justifica plenamente el diagnóstico de León Rozitchner acerca de la inexistencia de la filosofía en la Argentina actual.¹⁷

Como la ética es una parte central de cualquier reflexión filosófica basta confrontar todo estas reflexiones precedentes con el parloteo libresco y mediático¹⁸ actual para advertir que el implacable dictamen de Rozitchner es extraordinariamente exacto. Rozitchner,¹⁹ por cierto, lo sabe pues es uno de los pocos filósofos verdaderos que tiene hoy la Argentina y uno de los pocos que piensa en sentido socrático.

¹⁷ Ver la entrevista a León Rozitchner en *Ñ Revista de Cultura*, n° 202 del 11 de agosto de 2007, pag. 11. Cuando el periodista Hector Pavón le pregunta si *existe hoy filosofía en Argentina* Rozitchner le contesta que *mas que filósofos pienso que hay profesores de filosofía dedicados al estudio de la historia de la filosofía y a la descripción de sus sistemas*. Quizá se podría agregar que, entre nosotros hay más filosofía en la literatura y, sobre todo, en la poesía en la que se destacan y resultan ineludibles Francisco Madariaga y Oscar Portela, antes que en la mayoría de los libros de porfiada y agobiante erudición en los que se parlotea acerca de la filosofía con más arrogancia que inteligencia y con más citas que ideas.

¹⁸ El propio número 202 de *Ñ* citado en la nota anterior, con la excepción de la notable entrevista a León Rozitchner, es, por otra parte, un excelente ejemplo de ese parloteo.

¹⁹ Las principales obras de León Rozitchner son *Freud y los límites del individualismo burgués* (cito por la tercera edición: México, ed. Siglo XXI, 1988 que corresponde a la segunda edición aumentada de 1979. La primera se publicó en 1972) y *La Cosa y la Cruz* (Bs. As., ed. Losada. 1997). Esta última obra es con seguridad la obra filosófica más importante que se ha publicado en Argentina en el siglo XX y una de las más relevantes que se ha producido en el mundo

Se que todo esto es muy complejo y arduo y que hay mucho más que decir como nos recuerda Francisco Madariaga cuando, en *Los Terrores de la suerte*, y frente a su horizonte de incertidumbre, sostiene

*Yo no tengo país,
Tengo isletas voladas por el agua*

Desde ya que la intensidad de esta incertidumbre es abismal; pero, al menos, uno puede insistir con algunos rasgos cruciales como el hecho del aplanamiento ético porque ese aspecto que, quizá el desprevenido o el extranjero no alcanzan a ver, desborda completamente la trama social y nos involucra continuamente, aunque para percibir su peculiaridad se tiene que vivir e interactuar aquí por un tiempo más o menos prolongado para no confundir el rango escalar del individuo que participan de diversos valores con el dispositivo social de interacciones donde este convive y donde ya no se advierte la presencia de ninguna escala de valores más o menos representativa como dispositivo de rangos institucionalizados que permita dirimir y reconocer el pronunciamiento moral.

Al aplanarse la ética el juicio de valor pierde ya toda posibilidad de objetividad de modo que ese mismo juicio, en caso de que se considere pertinente formularlo - lo que por otra parte ya no resultará necesario y menos aún urgente o siquiera oportuno - quizá pueda tomarse o considerarse como un juicio subjetivo de un individuo segregado del entorno en el que edifican las escalas de valores éticos y que, en todo caso, puede ofrecerse como ejemplo, pero que no será nunca tomado como un patrón

occidental en orden a su tema en el mismo siglo. Este libro, todavía poco estudiado, se ocupa de la crucial problemática, hasta entonces no considerada por la filosofía de los siglos XIX y XX, acerca del fundamento originario con arreglo al cual la universalización material del capitalismo sostiene su orden planetario excluyente en el modelo de infinitud religiosa del cristianismo institucionalizado por San Agustín. El minucioso estudio de Rozitchner no puede resumirse en unas pocas líneas y aquí solo cabe llamar la atención acerca del necesario debate que esta obra reclama y cuyo complejo programa impone una revisión tanto de San Pablo como de Descartes y de toda la secuencia que ha quedado pendiente en la filosofía con la emergencia del cristianismo y luego del idealismo egocéntrico moderno. En torno a esto también puede verse nuestro trabajo titulado *El sueño de Atenas*, publicado en **Gnosis Helénica**, 1998, La Plata, publicaciones del **Instituto Cultura Argentino-Helena**, pags. 32-36.

de moralidad media como ocurre con el *spoudaius* en la ética aristotélica.²⁰ Nuestra sociedad ha conseguido, a finales del siglo XX²¹, establecer este *antidesideratum* ético y ha sido exitoso al punto que la indiferencia ética ha dejado de ser censurable para servir solo de elemento demarcativo de las opciones personales.

¿A donde puede ir una sociedad en esas condiciones éticas? Creo que la respuesta es evidente. Va hacia el lugar en el que estamos como sociedad. O en otras palabras produce el perfecto *hysteron próteron*: o sea el círculo vicioso moral en la secuencia histórica.

Por cierto este no es un diagnóstico derrotista sino una percepción objetiva de una situación grave. Y seguramente muchos van a reaccionar ante el insoportable hecho del aplanamiento ético cuyas consecuencias políticas son aun mas graves y cuyo debate se impone, además, como algo perentorio y necesario. Además, semejante emergencia se remonta a una concepción de la política que ha marchado, con creciente intensidad, en la Argentina desde mediados del siglo pasado, pero que, particularmente, ha adquirido una hegemonía absoluta en este nuevo milenio cuando

²⁰ Acerca de esto ver el punto de vista clásico en Aristóteles: *Ética a Nicómaco* 1140b8.

²¹ Un momento capital para ese redireccionamiento de la ética material de la sociedad argentina, en dirección al aplanamiento moral que aquí se examina, se localiza durante la llamada *Rebelión Carapintada* de Semana Santa que se manifiesta el 17 de abril de 1987 a través de un comunicado de abierta desobediencia de los militares que rehusaban presentarse ante los tribunales civiles que los citaban en los juicios por violaciones a los derechos humanos. Luego de una intensa puja de poder durante varios días, entre el 16 y el 19 de abril de 1987, los rebeldes y el gobierno acordaron un régimen legal de completa impunidad para esos militares que revistaban en un rango inferior al de la Junta de Comandantes que gobernó el país entre 1976 y 1982. Ese dispositivo se conoce bajo el nombre de las dos leyes dictadas a ese fin y denominadas *Ley de Obediencia Debida* y *Ley de Punto Final*. El resultado de semejante acuerdo disciplinó a la sociedad en el más completo desdén por el deber moral al desobligar e irresponsabilizar jurídicamente a los culpables de violaciones a los derechos humanos con la excusa de la obediencia debida a la Junta de Comandantes entre 1976 y 1982. Para un acotado relato de los sucesos: C. S. Nino: *Juicio al mal absoluto* (Bs. As., ed. Emece, 1997, pags. 150-161). Este jurista, de reconocido prestigio académico, y entonces vinculado gobierno opta en la citada obra (ver pags. 158-160) por una justificación política que no hace más que homologar el aplanamiento ético tal como lo señalamos más arriba en el caso del rigorista. Difícilmente se podría encontrar un mejor ejemplo que cubra el espacio histórico de nuestro análisis en el segmento que va de 1987 hasta hoy.

ya se considera a esta actividad como una mera incumbencia de oportunidad y astucia o, si se quiere, como una técnica y un consecuente oficio, ocupación o actividad profesionalizada relativa a la gestión gubernamental y a la ocupación de cargos gubernamentales y legislativos que, más que nada, remite a un escenario regido por la dicotomía amigo-enemigo. No parece, por cierto, que para la opinión general de nuestra sociedad, en lo que va de este nuevo milenio, importe demasiado si esa propiedad resulta o no la caracterización de lo peculiar o idiosincrásico de la política. Simplemente esto es lo que hoy en la Argentina se percibe como tal y lo que cualquier observador inteligente descubre a través de las manifestaciones de los actores involucrados. Y si se tuviera que profundizar en los presupuestos que informan o acotan teóricamente estas modalidades seguramente se va a encontrar una notable afinidad con los presupuestos de Nicolás Maquiavelo, Thomas Hobbes y Carl Smith o, al menos, con las simplificaciones que se han generalizado a partir de sus opiniones. Tales simplificaciones tienen, además, una curiosa contrapartida en el famoso *Diálogo en el Infierno entre Maquiavelo y Montesquieu* de Maurice Joly que registra el escenario del poder con inocultable cinismo al que nada no le es ajeno, ni siquiera, la decepción.²²

En las antípodas de ese horizonte Aristóteles caracterizaba a la política antes que como una mera técnica o un simple dispositivo instrumental, como algo más complejo, que de ordinario está más allá de las técnicas y que, a diferencia de cada una de estas, no solo registra los procedimientos de su disposición y las modalidades de ejecución instrumental sino que, además, se orienta por la razón a la prosecución del bien y la genuina felicidad del conjunto social que, por otra parte, se impone como deber a todo el que la práctica.²³ Aquí, desde luego, no hace falta detenerse en el

²² La literatura sobre Maquiavelo, Hobbes y Schmitt es tan extensa y variada que resulta imposible siquiera resumir en una nota. De todos modos hay buenas indicaciones hasta 1959, en ese sentido, en la obra de Arnold Brecht citada en la nota 11. Los últimos cincuenta años no parece que hayan agregado nada demasiado importante a lo allí registrado, salvo quizá la contribuciones de Michel Foucault y Cornelius Castoriadis. Por otra parte el notable libro de Maurice Joly, publicado originariamente en Bruselas en 1864 ha sido traducido al castellano en 1974 por Matilde Horne y editado por Muchnik editores de Barcelona.

²³ Salvador Rus Rufino ha examinado con detalle esta cuestión en su último libro titulado *La Razón contra la fuerza* publicado por la editorial Tecnos de Madrid el año 2005, cuyo subtítulo *Las directrices del pensamiento político de*

examen de detalle de estos dos modos dispares de entender la política, aunque tampoco conviene pasar por alto sus diferencias en relación a lo que estamos considerando.

La sobreextensión de aquella modalidad de la política, entendida como una técnica de gobierno desplegada en un escenario regido por la dicotomía amigo-enemigo, es uno de los rasgos, de cara a nuestra situación actual, que informa esa dirección inquietante apuntada más arriba. Esta modalidad argentina de la política, decididamente técnica, moralmente indiferente y excluyentemente agonal, tiende a saturar todo los ámbitos de convivencia y trato de manera tal que ningún ámbito escapa a su desbordante hegemonía.

Tenemos así una educación y una ciencia sujeta a los vaivenes de las relaciones amigo-enemigo del mismo modo que también tenemos un periodismo regido por ese antagonismo donde la prensa adicta se opone a la prensa adversaria. Y lo mismo ocurre con la industria y los demás agentes económicos que se presentan como allegados al gobierno o como perjudicados por este. La cultura y el deporte no escapa, por cierto a ese desborde; y ni siquiera la iglesia o los militares quedan fuera de ese tire y afloje, en el que se puja por imponer las propias expectativas o se insiste en rechazar los resultados adversos a esas mismas expectativas. La ciencia y la educación dejan así de ser un escenario objetivo de investigación y de adquisición del saber para dar lugar a la puja de cargos y oportunidades de la misma manera que toda o casi toda la actividad de los agentes económicos marcha al ritmo de la política gubernamental, al punto que incluso el mercado mismo no es mas que un péndulo que oscila entre las resoluciones adoptadas por el estado y los nichos o negocios que el mismo estado regentea en orden a los precios, a las divisas o a las exportaciones. Las primeras reemplazan sibilinamente a la oferta y las últimas deforman y enervan permanentemente la demanda. Todo lo demás reproduce esta degradante sustitución de las posibilidades espontáneas por el rígido control del que tiene capacidad para torcer la dirección de comportamiento del oponente. Y el resultado es la disolución de la política misma o su degradación como desempeño epitécnico.

Aristóteles resume el contenido en el que se expone la contracara de aquella otra noción que hoy a nosotros se nos presenta como dominante.

Algo de esto es lo que ha pasado en el episodio del incendio del local bailable que ha ocasionado un tremendo estrago y gran cantidad de muertos y que ha culminado con el juicio y la destitución del Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. La misma sobrextensión señalada mas arriba ha teñido toda la trama de relaciones sociales colocando las más diversas situaciones en el mismo escenario de puja regido por la articulación antagónica entre amigos y enemigos. De esta manera el reclamo o el reproche da lugar a cualquier clase de permisos para los sujetos enfrentados; y, así, de una parte, la responsabilidad se disuelve en la política y, para otros, la justicia simplemente se transforma en venganza.

Para unos aquella disolución de la responsabilidad en la mediatización de la política termina por enterrar el sentido común, el decoro y la autoestima porque no se quiere renunciar al lugar alcanzado, al cargo y a las oportunidades eventuales o futuras. Y para los otros el odio reemplaza al respeto, enerva la ley y degrada toda posible proporción en las consecuencias de la responsabilidad. El amor, la solidaridad y el anhelo directamente han desaparecido de ese escenario en el que cualquier cosa vale para imponer las expectativas más narcisistas expectativas y los deseo más patéticos. Se llega entonces a ese excluyente lugar en el que todos son amigos o enemigos, donde cualquier variedad, cualquier criterio o cualquier valor, quedan sesgados por la impronta dominante de lo particular.

Hace algún tiempo he caracterizado a este proceso como hiperpolitización y me ha parecido entonces que representaba una tendencia peligrosa en la que posiblemente todos pierden, porque para todos se tornan posibles sus no siempre controlados impulsos, sus más triviales sensaciones o sus más oscuros deseos. Y, por cierto, la indeseada meta de todo esto no es otra que el *bellum omnium contra omnes* o sea la guerra de todos contra todos. Todo esto, además, hace recordar aquella descripción no muy distinta que Ingmar Bergman nos ha dado en esa extraordinaria película titulada *El huevo de la Serpiente* donde se retratan, con morosa intensidad, los prolegómenos sobre los que luego se edificará el orden nazi, obra que, seguramente, solo podrá compararse con el *Macbeth* de William Shakespeare. El ver de nuevo tan singular película muchas inconexas percepciones de nuestro degradado presente convergieron en mi mente y luego se transformaron en estas breves, nerviosas y agitadas líneas que expresan una parte del desahogo de mi incertidumbre ante los interrogantes de un futuro peligrosamente hobbesiano que se perfila en cualquiera de

las alternativas consideradas por el fundador de la moderna orientación antiaristotélica.

Solo me cabe agregar una curiosa coincidencia pues en día que empecé a escribir la primera versión de este trabajo, el 11 de marzo de 2007, se cumplieron 34 años de triunfo de Héctor Cámpora como presidente luego de un largo interregno de proscripciones y violencia. Y este triunfo, por cierto, no fue más que el anticipo de un desorden generalizado que condujo a la Proceso de Reorganización Nacional, la dictadura militar más horrorosa de toda la historia argentina que produjo entre 1976 y 1982 una fenomenal tragedia de muerte, horror, maldad y salvajismo fanático que nadie podría comparar con un estrago de un centro de entretenimiento de desafortunados y fatales resultados, si no mediara ese notable aplanamiento ético que libera el juicio moral de las más elementales restricciones que impone el respeto a los rangos en cualquier escala de valores morales.

Parece, pues, que en más de 34 años nuestros compatriotas no han aprendido siquiera de la experiencia, lo que, casi podría decirse, se insinúa como una peculiar constante de nuestro imaginario histórico, edificado en la práctica del doble mensaje y sostenida al incesante ritmo de las oportunidades que despierta la ocasión y cuya impronta fundamental se manifiesta bajo una modalidad uniforme de aplanamiento e indiferencia moral que ya no distingue entre el anhelo de justicia y el deseo de venganza.

Por cierto, si alguien pregunta por las alternativas seguramente sobran los ejemplos que hacen casi innecesario teorizar, lo que tampoco debería desdeñarse porque la teoría, como lo demostró Kant hace ya mucho tiempo, hace, ante todo, referencia a la selectiva aptitud para observar la realidad y captar sus posibles derroteros. Se puede, sin embargo, dejar de momento la teoría, y empezar solo con los ejemplos de nuestros propios vecinos. Tres al menos se nos ofrecen como espejos de una madurez que sirve de contraste suficiente: Brasil, Uruguay y Chile. Los estándares de comparación están al alcance de cualquiera y no hace falta más que leer los periódicos. Seguramente se puede ir más adelante en este ejercicio e intentar mirarnos en espejo de Europa, y en particular de los países escandinavos o de Canadá, o incluso de los mismos EE.UU. que son mucho más complejos de lo que de ordinario se imagina el que se deja llevar de apuro por la ideología.

El lector tiene aquí su propio desafío para remontar este *cul de sac* tan insatisfactorio como agobiante y perverso ante el cual, como bien anotaba Discépolo, uno no puede sino decir

*¡ Que falta de respeto, que atropello
a la razón !*

Si ha llegado hasta aquí hasta me atrevería a decir que está dispuesto a hacerlo, porque sabe que es, antes que nada, un excelente ejercicio de higiene mental e, incluso, una necesidad de cara al inquietante presente argentino donde, como el autor de *Cambalache* agregaba, pareciera que

*¡Cualquiera es un señor!
¡Cualquiera es un ladrón!*